

DEMOGRAFIA IBEROAMERICANA: SU PROBLEMATICA. RAICES Y CONSECUENCIAS

Por LUIS MARIÑAS OTERO

Cuando Iberoamérica alcanza la independencia era un continente escasamente poblado. Españoles y portugueses habían fundado numerosas ciudades convertidas en centros administrativos, comerciales, de colonización y donde se levanta una incipiente industria.

Algunas de estas ciudades tenían, para la época, una población considerable. Méjico y Río de Janeiro superaban los 100.000 habitantes; Bogotá, Lima y La Habana se encontraban próximas a dicha cifra, y en el siglo XVII, en la época de su auge minero, Potosí, con los 114.000 habitantes que en 1611 le atribuía el censo del virrey Montesclaros, había sido, sin disputa, la población más importante de América. Pero en torno a estos núcleos urbanos se extendía el ilimitado desierto verde, los inmensos potreros y bosques americanos.

La base de la economía era, en la mayoría de las zonas, eminentemente ganadera y el comercio de cueros de gran consideración, los cultivos de exportación se daban en un limitado número de regiones, principalmente en el Caribe, y si existían concentraciones humanas de relativa importancia en el altiplano peruano, mejicano o chileno y en las costas de Cuba o Venezuela, también se podían encontrar vastísimas zonas como el Chaco, la Pampa o la cuenca amazónica apenas pobladas.

Aunque el siglo XVIII fue época de expansión económica —con el correlativo aumento de la importación de esclavos (1) y de la inmigración espa-

(1) La importación de esclavos en las posesiones españolas de América tuvo un ritmo de 2.000 anuales durante el siglo XVII. Se dobló en los primeros años del siglo XVIII (art. 12 del tratado de Utrecht), subiendo normalmente a 15.000 anuales durante las tres últimas décadas.

ñoía—, de mejora de las vías de comunicación y de la situación sanitaria, lo que tuvo como consecuencia un sustancial aumento demográfico, al concluir el mismo en los 25.000.000 de kilómetros cuadrados que se extendían de Tejas a la Tierra de Fuego habitaban tan sólo 17.000.000 de personas.

Al producirse la independencia del continente, la política demográfica de los nuevos países es unánimemente favorable al aumento de la población que sintetiza la conocida frase de Alberdi: «Gobernar es poblar».

Todos los nuevos Estados dictan leyes fomentando la inmigración (2); pero el caos que se apodera de aquellos países a raíz de la Independencia, con la quiebra de las estructuras tradicionales y la tardanza en llenar su vacío, así como por la insalubridad de las zonas tropicales hasta que la moderna medicina pudo vencer las epidemias propias de la misma, constituyeron a lo largo del siglo XIX importantes obstáculos a esta política promocionando el aumento de la población, no obstante lo cual, tanto el crecimiento vegetativo como el producido por la creciente inmigración es considerable y general en toda esta época, cuadruplicándose la población iberoamericana entre 1821 y 1900 en que ya es de 70.000.000 de habitantes.

Paralelamente, y a partir de la mitad del pasado siglo, se produce en Europa una progresiva pero acusada y constante disminución en el ritmo de crecimiento demográfico, mientras que en el resto del mundo la revolución de la medicina con la drástica reducción de la mortalidad que lleva aparejada, sin que se produzca un paralelo decrecimiento de la natalidad, produce un aumento gigantesco e incontrolado de la población, siendo Iberoamérica el continente donde este fenómeno aparece en forma más clara y temprana, ya que la disminución en las tasas de mortalidad se produce antes que en los países de Asia y Africa, debido a su nivel de salubridad relativamente mucho más elevado (3), mientras que la natalidad se mantiene en cotas altísimas en casi todos los países y tan sólo a partir de 1960 comienza a acusarse un retroceso en las mismas.

Como consecuencia de ello la población de Iberoamérica pasó a ser de 170.000.000 de habitantes en 1950 —diez veces más que en 1821— de

(2) A título de ejemplo puede mencionarse, entre otros muchos, la moción de la «Sociedad Económica de Amigos del País» de Caracas; «Los Estados Unidos duplicaron su población en la mitad de este tiempo y si queremos que la nuestra crezca con menos lentitud debemos a su ejemplo facilitar las inmigraciones» («Sociedad Económica de Amigos del País, Memorias y Estudios 1829-1839», Caracas 1958, tomo II, pág. 113).

(3) A pesar de ello, la mortalidad infantil aún es elevada, sobre todo en las áreas rurales. Así, por ejemplo, según el «Demographic Year Book» de las Naciones Unidas ésta era en 1971 del 65 por 100 en Perú; 78,5 por 100 en Ecuador, y 83,1 por 100 en Guatemala. Estos porcentajes han disminuido considerablemente en los últimos años.

201.900.000 en 1960 y más de 300.000.000 en la actualidad, superando ampliamente a la de la América sajona. Es decir, que en poco más de siglo y medio se ha multiplicado por dieciocho la población iberoamericana; a título de comparación podemos señalar que la población española en el mismo período sólo se ha triplicado (4) y que en la provincia española de mayor índice de natalidad éste es inferior al de todos los países iberoamericanos a excepción de Argentina, Uruguay y Puerto Rico.

Ya apuntan desde la época española esas paradojas que son tan frecuentes en la vida del continente. Si en 1800, existían núcleos de población de importancia (5), amplias zonas eran desérticas y aún hoy, siendo Iberoamérica el continente más urbanizado del mundo con excepción de Australia, siguen en pie tales paradojas, y junto a megápolis como Méjico, con once millones de habitantes, o Buenos Aires, con 8.500.000, coexisten en los mismos límites nacionales regiones como Campeche o Quintana Roo en Méjico o el sur argentino de escasísima densidad de población.

A lo largo del siglo xx Iberoamérica cuadruplica sus habitantes sin lograr aún llenar el desierto verde. Dos factores contribuyeron a este aumento demográfico: el alto índice de natalidad y la inmigración, que tiene gran peso en una serie de países: Chile, Argentina, Venezuela, Uruguay, Brasil o Cuba, y en la repoblación del Paraguay, tras la trágica guerra de dicha nación contra la Triple Alianza.

A partir del inicio del nuevo siglo la expansión demográfica adquiere proporciones gigantescas. Veamos cómo se produjo ésta en las distintas regiones iberoamericanas.

En Brasil, cuando un cristiano nuevo, Fernando de Noronha, obtiene la concesión real para explotar el palo brasil a los treinta años del descubrimiento, sólo se cuentan en el inmenso territorio 3.000 colonos. En 1700, la colonia alcanza los 400.000 habitantes, pero en 1698 se descubre el oro y treinta años después los diamantes. Para su explotación se importan cantidades importantes de esclavos africanos (6) y se produjo una gran inmigración portuguesa, en 1800 cuenta ya con 3.000.000 de habitantes. La inmigración y el crecimiento vegetativo quintuplica esta cifra a lo largo del siglo xix, cifra que a su vez se multiplica por siete en los años transcurridos hasta la actualidad.

(4) También debe señalarse que en el mismo período fueron 8.000.000 los españoles que inmigraron a Iberoamérica, el 85 por 100 definitivamente.

(5) Así, la ciudad de Méjico albergaba en aquella época una población superior en su conjunto a la de las seis más importantes de la América sajona y francesa.

(6) Brasil importó de Africa entre 2.000.000 y 3.000.000 de esclavos.

El caso más espectacular lo constituyen los países del Plata, región marginal y ganadera en la época española.

En 1664, según el informe del viajero francés Pierre de Massiac, Buenos Aires y su contorno está habitado por 300 o 400 familias, la mitad de ellas de raza blanca. Poco después, según el censo de José Martínez de Salazar, vivían 212 familias en la aldea que era Buenos Aires y unas 6.000 almas en su *hinterland*.

En 1738 el poblado cuenta con 4.436 habitantes; con 10.056, en 1744; 17.100, en 1759; 20.763, en 1766, y 24.083, en 1788, mientras que las pampas sin límites permanecían casi deshabitadas y algunos núcleos minúsculos de población —las futuras metrópolis de Córdoba o Mendoza— se levantan en medio de los potreros inmensos donde el ganado es el rey.

A partir de 1780 se produce una intensa emigración española a la cuenca del Plata, la población aumenta sustancialmente y Buenos Aires se convierte en un importante puerto de salida para los minerales del Alto Perú y los cueros de producción local, de los que exportan, en vísperas de que se proclame la Independencia, más de un millón de unidades por año (7).

Cuando Concolorcorvo escribe *El lazarillo de ciegos caminantes de Buenos Aires a Lima*, en 1773, la ciudad del Plata contaba con 24.754 habitantes, de ellos 15.719 españoles (es decir, blancos), 544 indios, 674 mestizos, 3.153 mulatos, 4.115 negros y 549 religiosos (8), siendo por su población la cuarta ciudad del virreinato del Perú, después de Lima, Cuzco y Santiago de Chile.

Al producirse la Independencia, la ciudad de Buenos Aires cuenta con 41.642 habitantes, que suben a 60.000 contando los de su comarca.

En otras zonas del Plata encontramos muy escasa población. En 1776 toda la provincia de Salta (que comprendía las actuales de Salta, Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Jujuy, Catamarca y La Rioja) contaba con 126.004 habitantes, de ellos 34.969 blancos, 35.324 indios, 44.301 mulatos y negros libres y 11.410 esclavos, aunque ya en el censo de 1809 ha duplicado su población pasando a contar con 211.867 habitantes. En dicha época el territorio de la actual República Argentina lo ocupaban apenas medio millón de almas.

En 1860, al concluir las guerras civiles, contaba con 1.200.000 habitantes, igual población que Chile en la misma época. Es el inicio de la «era aluvial», de la inmigración europea masiva.

(7) En aquella época la industria española del calzado y artesanía de cuero dependía en forma decisiva de la materia prima importada del Río de la Plata.

(8) Ed. de Buenos Aires, 1942, pág. 42.

El primer censo oficial se realiza en 1869 y da al país 1.737.000 habitantes. La población dobla su número cada veinticinco años. En 1885 Buenos Aires tiene ya 383.000 habitantes —520.000 contando los núcleos de población de sus alrededores—, de ellos 152.000 nacidos en el extranjero, incluidos 40.000 españoles.

La segunda ciudad del país, Rosario, surge de la expansión triguera en los últimos años del siglo pasado sobre la aldea de Paso de Libres, su puerto fluvial no se inaugura hasta 1902.

Argentina, impulsada por la inmigración y no obstante su natalidad relativamente baja, multiplica su población por cincuenta en el espacio de siglo y medio y su capital se convierte —con 8.500.000 habitantes, 200 veces mayor que al iniciar su andadura independiente— en una de las grandes metrópolis mundiales.

El mismo fenómeno, en grado aún mayor, se produce en el vecino Uruguay. Fundada su capital, Montevideo, en 1726, como colonia militar para establecer un dique a la expansión portuguesa desde Brasil, cuenta en 1750 con 939 habitantes, que diez años después se han duplicado.

En la entonces llamada Banda Oriental se daban ya las bases de su futura riqueza ganadera puesto que en la misma existían 140 estancias con 160.000 cabezas de ganado vacuno y 86.000 de lanar.

En 1773, según Concolorcorvo, Montevideo cuenta ya con 5.000 habitantes, y pocos años después Félix de Azara fija su población en 15.245 personas y en 30.665 las de toda la Banda Oriental.

Su población, tras el final del dominio español y movida fundamentalmente por la inmigración se centuplica. Constituye dentro de las naciones iberoamericanas el ejemplo más destacado de la explosión demográfica registrado en el continente (9).

Relativamente menos espectacular ha sido, dentro de las naciones plattenses, el crecimiento del Paraguay, a lo que contribuyeron dos sangrientas guerras internacionales, a pesar de lo cual el país, que, según Azara, contaba con 97.480 habitantes al concluir el siglo XVIII, población que mantiene —compuesta en su mayoría de mujeres y niños— cuando en 1870 concluye la guerra contra la Triple Alianza, multiplicará dicha cifra por veinticinco en poco más de un siglo.

Pero si en los tres Estados del Plata la inmigración ha constituido factor

(9) En la última década se produce el agotamiento del modelo de crecimiento agropecuario del Uruguay y la población se estanca, la inmigración se reduce a cifras mínimas, la natalidad baja y se produce una importante corriente emigratoria a Brasil y Argentina.

fundamental en su expansión demográfica, encontramos índices similares de crecimiento en otras naciones donde la inmigración ha sido escasa.

Tal es el caso de la República Dominicana que en 1783 contaba, según los censos parroquiales con 117.300 habitantes y en 1819, como consecuencia del éxodo provocado por la ocupación haitiana, tan sólo con 63.000. Al alcanzar su independencia en 1844 ha subido a 126.000, apenas igual a la de medio siglo antes, pero en 1883 ya es de 416.871; en 1920, son 894.665 y en 1970 supera su población los 4.000.000 de almas; es decir, se ha multiplicado por treinta y cinco a lo largo de su vida independiente como consecuencia fundamentalmente del crecimiento vegetativo, dado que la inmigración extranjera, principalmente haitiana y en menor grado española, ha sido de volumen limitado.

También el crecimiento vegetativo, pero unido a una fuerte inmigración, contribuye al espectacular crecimiento demográfico de Cuba y Puerto Rico, acusando hoy los tres países antillanos hispanoparlantes densidades de población sensiblemente superiores a la española.

Cuba, que había sido una posesión esencialmente militar hasta finales del siglo XVIII, puesto que constituía la llave de los territorios españoles del Caribe, experimenta una gran expansión económica a partir de la paz de París (1763) con su correlativa explosión demográfica, resultado de una masiva entrada de esclavos negros e inmigrantes españoles que se acentúa a partir de la independencia del continente, decuplicando ampliamente su población en el curso de los últimos cien años (10), no obstante, las periódicas crisis económicas sufridas por la isla y el negativo impacto demográfico de dos guerras de independencia y de la emigración posterior a la Revolución de 1959.

Puerto Rico sigue una evolución paralela, aunque la inmigración española es inferior a la recibida por Cuba (11), constituyendo la comunidad española algo más de 10.000 personas sobre un total de 800.000 habitantes al producirse la transferencia de soberanía en 1898.

De 70.000 habitantes con que contaba en 1776 pasa a 133.000 en 1800 y al iniciarse el presente siglo acusaba la densidad de población más alta entre los países de la América hispana, posición que aún mantiene, aunque la co-

(10) Así, según el censo de 1862, la población de Cuba era de 764.750 habitantes, de ellos 601.160 cubanos, 116.114 españoles, 34.046 chinos, 12.885 extranjeros, 499 puertorriqueños y 46 filipinos. En la actualidad es de 9.000.000.

(11) Entre 1825 y 1925 Cuba recibió 1.000.000 de inmigrantes españoles de los cuales las dos terceras partes permanecieron en la isla —el índice de repatriación fue muy superior al de otros países de América— según el censo de 1953 vivían en Cuba 161.000 españoles constituyendo, por gran diferencia, la primera colectividad extranjera.

riente migratoria cambió de signo a partir de la primera guerra mundial, produciéndose una afluencia masiva de puertorriqueños a los Estados Unidos.

En la actualidad con una densidad superior a los 300 habitantes por kilómetro cuadrado se ha producido en los últimos años una drástica disminución en su índice de natalidad, que pasa a ser del 24,1 por 100 en 1972, y una estabilización en el número de sus habitantes.

Méjico, por su parte, era el territorio más poblado del antiguo imperio español. En 1810, según estimaciones de don Francisco Navarro y Noriega, contador de los ramos de arbitrios, la población mejicana era de 6.122.345 habitantes. En aquella época y salvo las zonas de fuerte población indígena mal soldadas a la economía y a la sociedad colonial, el desierto es la regla en el resto de la América continental española (12).

La población se duplica en el primer siglo de vida independiente no obstante la agitada historia mejicana en este período. En 1901 es de 13.755.000 habitantes, la natalidad es en aquel año del 34,2 por 100, pero la mortalidad acusa el índice escalofriante del 32,3 por 100... y estamos en los años de paz del porfiriato.

La Revolución mejicana interrumpe este proceso ascendente; en 1930, la población de Méjico ha aumentado muy modestamente alcanzando los 16.588.000 habitantes, pero, concluido el año anterior el conflicto bélico revolucionario, disminuye drásticamente la mortalidad y aumenta la natalidad y la población de Méjico casi se cuadruplica en el medio siglo siguiente sin haber recibido una inmigración cuantitativamente apreciable (13), superando hoy los 60.000.000 de habitantes que convierten a dicha República en la más poblada de las naciones de habla española. Desde hace ya dos generaciones es país de emigración, casi exclusivamente hacia los Estados Unidos, donde la aportación humana mejicana en el curso de este siglo ha aumentado la población de este origen en la poderosa potencia nortea hasta convertirla en la principal comunidad extranjera en la misma, hecho generalmente ignorado.

Fenómeno paralelo al de Méjico, pero más regular en su ritmo ya que no se produjo allí un proceso bélico revolucionario, ha sido el de América Central, que en la época española había mantenido una tenue relación de dependencia con el virreinato de Nueva España.

Juan Dávila, conquistador de Costa Rica, no calculaba que en el territorio viviesen más de 5.000 aborígenes (su población al producirse la emancipación era apenas de 30.000 habitantes) y aunque, a diferencia de los demás

(12) TULLIO HALPERIN DONGHI: *Historia Contemporánea de América Latina*, Madrid, 1969, pág. 42.

(13) La más importante fue la inmigración política española de 1939-1940 —36.000 personas— y la de braceros guatemaltecos a los Estados del sur de Méjico.

países centroamericanos, recibió una inmigración de importancia no desdeñable, no deja de ser sorprendente el aumento vertiginoso de su población, hoy sesenta veces superior a la que contaba al proclamar su separación de la Corona española.

Sobre El Salvador, el segundo país iberoamericano en densidad de población y donde la presión demográfica es, al igual que en Puerto Rico, intensa, contamos con el clásico estudio de Rodolfo Barón Castro (14); según sus cálculos, el actual territorio salvadoreño albergaba una población de 116.000 habitantes al producirse la conquista, cifra que experimenta una reducción considerable en los años siguientes, para recuperarse ampliamente a partir del siglo XVII habiéndose doblado al producirse la emancipación y multiplicado de nuevo por veinte en el siglo y medio siguiente, provocando la presión demográfica agudos problemas socioeconómicos (15).

Guatemala, de acuerdo con los datos de las Naciones Unidas, era en 1955 el primer país del mundo por su índice de natalidad, el 52 por 100 a la sazón (16), acusando alguno de los departamentos guatemaltecos, como Jutiapa, índices que llegaban a la cifra extraordinariamente elevada del 70 por 100.

América Central, aunque ha experimentado en los últimos años una sustancial disminución de tales índices, acusaba aún una natalidad y crecimiento demográfico altísimos y en el I Seminario Regional de Población y Trabajo, reunido en Tegucigalpa en junio de 1968 con representantes de Colombia, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Méjico, Nicaragua y República Dominicana, se señaló como el crecimiento vegetativo de la población era superior al 3 por 100 anual en todos los países participantes, uno de los índices más elevados del mundo.

Procesos similares se dan en las otras naciones del continente.

Chile, según el censo del capitán general don Ambrosio O'Higgins, de 1791, contaba con 308.846 habitantes en dicha fecha, a los que había que añadir los 23.447 de la provincia de Chiloé, dependiente directamente del virreinato de Perú, y los indios araucanos, sólo sometidos teóricamente a las autoridades españolas, que en 1796 se calculaban en 95.504.

(14) RODOLFO BARÓN CASTRO: *La población de El Salvador*, Madrid, 1942.

(15) Hasta el conflicto con Honduras en 1969 habitaban en este país numerosos salvadoreños (20.000 según los censos oficiales y probablemente 200.000 ilegalmente) en gran parte expulsados tras los incidentes de aquel año.

(16) En aquella época aún no se habían hecho estudios serios sobre los países africanos, aún bajo dominio europeo en su casi totalidad. Al publicarse los primeros censos se observó que Estados como Guinea o Chad tenían índices de mortalidad superiores al 60 por 100.

Al alcanzar la independencia, el actual territorio chileno contaba con algo más de 600.000 habitantes, frente a los nueve millones con que cuenta actualmente.

La ciudad de Bogotá que contaba 15.000 habitantes en 1700 se aproxima a los 100.000 un siglo después y hoy supera los tres millones.

Lima, que según el censo del virrey Conde de Montesclaros tenía 26.441 habitantes en 1614, ha subido a 52.667 en el realizado por el virrey Gil de Ta- boada al concluir el siglo siguiente —de ellos 17.215 españoles, 3.219 indios, 8.960 negros, siendo los demás «castas» o mestizos— para superar también los tres millones de habitantes en la actualidad, teniendo en cuenta que era en aquella época la ciudad más poblada de la América meridional española, de la que fue centro político, económico, social y cultural indiscutible hasta la disgregación de los virreinos de Nueva Granada y Buenos Aires.

Y por último, Venezuela ofrece un proceso expansivo en su demografía todavía más impresionante, a pesar del duro tributo en vidas humanas pagado por el país en el curso de la guerra de la Independencia y en menor grado por la guerra federal, debido tanto a su elevado crecimiento vegetativo como al aflujo desde el siglo XVIII de un importante y progresivamente creciente contingente inmigratorio.

Caracas cuenta con 6.000 habitantes según cálculos de 1696, que se han convertido en 47.000 al proclamarse la Independencia. En 1825, y como consecuencia de la sangrienta contienda emancipadora que durante trece años asoló al territorio, la población de la ciudad se había reducido a 29.846 habitantes, de ellos 3.264 esclavos, con el significativo dato de que, si existían 2.127 casados y 2.188 casadas, era de 13.200 el número de mujeres solteras frente a solamente 2.342 hombres de tal estado.

En el curso del siglo XIX Venezuela recupera con creces su población. Según el censo de 1926 contaba con 2.500.000 habitantes y con 135.000 su capital. En las décadas siguientes el *boom* petrolero y la creciente industrialización produjeron en Venezuela su «era aluvial» lo que, unido a unos altos índices de natalidad, cuadruplicó ampliamente la población nacional y decuplicó la de la capital.

De modo que en el curso del último siglo y medio, impulsado en parte por la inmigración, pero efecto fundamentalmente del crecimiento vegetativo, se ha producido en toda Iberoamérica una gigantesca explosión demográfica, un aumento de población que va del ya elevado del 1.000 por 100 en Perú a niveles tan altos como el 10.000 por 100 uruguayo.

Reducidas en los últimos años las corrientes de inmigración procedentes del Viejo Mundo, ha sido el elevado índice de natalidad el principal motor de este crecimiento; natalidad que es superior al 40 por 100 en Costa Rica,

Colombia, Ecuador, Panamá y Perú, y entre el 20 y el 30 por 100 —niveles superiores, sin embargo, al de todos los países europeos salvo Albania— en Argentina, Cuba, Chile, Puerto Rico y Uruguay. Recalquemos que estos índices son sin excepción muy inferiores a los existentes en todos aquellos países hace un cuarto de siglo.

Como consecuencia de dichas tasas de natalidad, en todas las naciones iberoamericanas —a excepción de Puerto Rico debido a su fuerte emigración a los Estados Unidos— se ha dado un crecimiento demográfico superior al 2,5 por 100 anual en la década de 1960 a 1970 que provocó las lógicas tensiones sociales y económicas. Baste señalar a título comparativo que este aumento anual es cuatro veces superior al de Europa y que basta para duplicar en treinta años la población de un país.

El primer factor en este espectacular crecimiento vegetativo ha sido una reducción drástica de la tasas de mortalidad ya que Iberoamérica recibió pronto los beneficios de la medicina moderna y las endemias de su zona intertropical —fiebre amarilla, paludismo, etc.— que hacían difícil el poblamiento de la misma, comenzaron a ser vencidas por el progreso sanitario desde las últimas décadas del pasado siglo para alcanzar hoy en la mayoría de las naciones iberoamericanas índices de mortalidad comparables favorablemente con los de los países industrializados más avanzados

La mortalidad infantil, aunque todavía elevada en algunas de las naciones iberoamericanas, acusa en los últimos años una reducción sustancial y sostenida y el índice de mortalidad general es en varios países —Costa Rica, Argentina, Cuba, Puerto Rico o Uruguay— inferior a la española, que dista mucho de contarse entre las elevadas. Por otra parte, ya desde la época virreinal las universidades habían dedicado mucha de su labor a la preparación de médicos, profesión de que nunca anduvieron escasas la mayoría de las naciones iberoamericanas siendo en Argentina y Cuba el número de médicos en relación a la población de los más elevados del mundo (17) y existiendo en casi todos los países excelentes profesionales y una visión y aplicación moderna y progresista de la ciencia médica tanto en su faceta preventiva como curativa.

Corolario de todo ello ha sido un exceso de médicos en varias de aquellas naciones, general en las grandes metrópolis, y una creciente emigración de los mismos a otros países como Estados Unidos, Canadá e incluso España, que se enfrenta con problema similar.

(17) En Cuba, por ejemplo, el exilio de 3.000 médicos como consecuencia de la Revolución castrista tuvo impacto nulo en la salubridad del país, siendo ampliamente cubierto dicho éxodo por la cantera local en muy pocos años.

Esta reducción de la mortalidad no fue acompañada de una paralela reducción de la natalidad, que sólo desde 1950 comienza a producirse, fenómeno que obedece a múltiples razones, ninguna de las cuales nada tiene que ver con motivos religiosos, como tampoco tuvo ninguna relación la alta natalidad tradicional en el continente con las tan socorridas razones «machistas», sobre todo en los estudios hechos por extranjeros, más aún cabe señalar que en muchas coyunturas históricas la sociedad iberoamericana ha sido matriarcal *de facto*, con mucha mayor frecuencia y sin los condicionamientos sociorreligiosos de otros grupos culturales.

Significaron sí, estas altas cuotas de natalidad, un marchamo de prestigio y orgullo para ambos sexos y, por otra parte, en un continente casi vacío hasta hace pocas generaciones y el único mundo donde se ha producido un mestizaje de carácter general y masivo existe una carga erótica evidente, casi diríamos omnipresente, que ha contribuido al mantenimiento de una alta natalidad frecuentemente por vías irregulares. Tema éste vidrioso y controvertido, pero inexcusable tratarlo dado su íntima relación de causa a efecto con el fenómeno demográfico, ya que generalmente coinciden los altos índices de natalidad con los de ilegitimidad, así como, significativamente, con los de analfabetismo, disminuyendo paralelamente estos tres índices en forma general en todas las naciones iberoamericanas.

Es decir, la base de la explosión demográfica del continente no radica en la religión o tabúes ancestrales, sino en la irresponsabilidad e ignorancia populares que inconscientemente han constituido instrumento para llenar el vacío del territorio.

Tan pronto los medios anticonceptivos se popularizaron —con la cultura— en todos los estratos sociales, la natalidad se redujo como en los viejos países industrializados y como empieza a producirse en el resto del Tercer Mundo.

La pervivencia de conceptos erróneos sobre el fenómeno, totalmente natural, ha intentado ser explotado sin éxito con fines políticos en las dos décadas pasadas por distintos grupos, utilizando datos trucados, en su propio beneficio.

Conocida fue la campaña del arzobispo MacManus, de Puerto Rico, en 1960 contra la «esterilización» —por cierto, nunca demostrada (18)— de las mujeres de la isla, con el fin de atacar las posiciones del Partido Popular de Muñoz Marín que, no obstante la oposición de la jerarquía eclesiástica, ganó fácilmente las elecciones de aquel año.

(18) Una ley de 1937 se había limitado a permitir la propaganda anticonceptiva y en 1957 se realizó una encuesta sobre control de natalidad por cuatro años, sin levantar protestas de las interesadas.

Los mismos *slogans* fueron adaptados en los años siguientes por los movimientos revolucionarios de inspiración cubana —recordemos alguna película de Sanjinés— esta vez como instrumento de propaganda antinorteamericana, campañas que progresivamente pasaron al desván de la historia ante el poco eco popular que obtuvieron.

El fenómeno de la alta natalidad tiene añejas raíces sociales y vitales que se remontan a la época de la conquista, en la que la participación de mujeres españolas fue muy escasa, existiendo ya desde entonces innumerables testimonios de ello.

Un Bernal Díaz del Castillo nos da ya cuenta de «un soldado que se decía Alvarez, hombre de mar, natural de Palos, que dicen que tuvo con indias de la tierra treinta hijos e hijas en obra de tres años, murió entre indios en lo de Higueras» (19).

En la época española son innumerables, prueba de su ineficacia, las Pragmáticas y Reales Cédulas condenando el amancebamiento. Felipe II, que se propuso llevar a cabo una reforma de las costumbres en sus dominios americanos, recomendó a los prelados y visitadores eclesiásticos la imposición de multas a los que vivían amancebados públicamente, y durante su reinado el virrey del Perú, Conde del Villar, en 1586 detuvo y sancionó en poco tiempo a más de cien amancebados y el gobernador de Tucumán, Juan Ramírez de Velasco, expulsó de las ciudades en el mismo año a muchos españoles que vivían en uniones irregulares.

La ineficacia de estas medidas, reiteradas una y otra vez, se resume en la carta del Marqués de Castelfuerte, virrey del Perú, a Felipe V el 25 de marzo de 1725, señalando al Monarca que la persecución de los amancebados por las autoridades civiles sería ilusoria mientras los curas y frailes viviesen con sus mujeres y sus hijos sin ninguna clase de tapujos «yendo a sus casas como un padre de familia a la suya» (20).

No obstante, la ineficacia y reiteración de tales medidas parece evidente que en algunos territorios el índice de nupcialidad era muy elevado al final del período español y tal es el caso de El Salvador —como señala Barón Castro en su obra ya citada— posteriormente al producirse la profunda crisis colectiva consecuencia del derrumbamiento del orden social tras la Independencia aumentan progresivamente estos índices de ilegitimidad (21), para irse reduciendo drásticamente en los últimos años. De todas formas, como dice

(19) BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO: *Historia de la Conquista de la Nueva España*, tomo II, cap. CCV.

(20) A.G.I., Audiencia de Lima 411.

(21) Por ejemplo, en El Salvador —siempre según Barón Castro— era del 48,3 por 100 en 1899; 53,6 por 100 en 1910, y 58,7 por 100 en 1930.

un autor norteamericano, en muchos de los países de Iberoamérica «el matrimonio nunca ha sido una institución popular» (22) y los índices de natalidad ilegítima aunque en retroceso son aún importantes, con todas las secuelas sociales que conlleva.

Existe en el continente una carga erótica que encontramos desde los primeros tiempos, tanto los colonos españoles en el Nuevo Mundo, liberados de las represiones de su solar, como los esclavos traídos de Africa encuentran en lo sexual una solución personal a sus problemas propios y sobre todo una apoyatura a su inadaptación en un mundo que no es el suyo.

Conocido es cuán pocas mujeres llegaron de España durante los dos primeros siglos de la colonización y todavía hasta época reciente era sustancialmente superior el número de varones que emigraban de Europa a Iberoamérica que el de mujeres.

Ello contribuye a dar a la mujer una gran fuerza social histórica y cultural que se vincula íntimamente al paralelo fenómeno del mestizaje.

La mujer ha influido poderosamente en la historia del continente y decisivamente en la actuación de muchos de sus prohombres. Quedaría incompleta la historia de Bolívar sin mentar la presencia de Manuelita Sáenz, del mismo modo que es decisiva la presencia de Elisa Lynch en la ruta del mariscal Francisco Solano López, o de Juanita Sánchez en la actuación del presidente Melgarejo de Bolivia, sin contar los casos aún más frecuentes en que, si constituyen anécdota a veces pintoresca en la vida de una nación o un gobernante, tal anécdota resulta a veces fundamental como telón de fondo para entender una personalidad o una época. Es el caso de Micaela Villegas —la «Perricholi»— en el Perú del virrey Amat; de la bella mulata Barbarita Nieves con el presidente Páez en Venezuela, y también en esta República, el caso del presidente Juan Vicente Gómez, que si nunca contrajo matrimonio y se discute todavía el número de sus hijos —reconoció sólo a catorce—, un incidente familiar en que se vio implicado uno de ellos fue probablemente factor determinante para el rumbo político que a su muerte adoptaría Venezuela.

Casos como los anteriores distan mucho de ser ejemplos aislados, pudiendo mencionarse otros muchos tanto en el pasado como en la actualidad (23), en todo el continente, sin excluir de tal fenómeno a los sectores más extremistas del actual radicalismo iberoamericano y no sólo como pura anécdota personal, sino a veces como factores decisivos para el curso de un proceso revolucionario.

(22) WILLIAM D. y AMY L. MARSLAND: *Venezuela through its History*. Nueva York, 1954, pág. 262.

(23) Recordemos, entre otros, los casos de Perón, Trujillo o Pérez Jiménez.

Rara ha sido la actividad terrorista de la izquierda que no contase entre los miembros de su «comando» —táctica luego trasplantada a Europa— a alguna bella estudiante. Algunas de las jóvenes caídas —Rogelia Cruz en Guatemala, Livia Gouverneur en Venezuela o Aleida Fernández Chardiet en Cuba— se han convertido en símbolos políticos al ser consideradas —con un tanto por ciento elevado de erotismo— como mártires de la revolución.

Es tal vez en la actualidad el continente donde este factor tiene más influencia en todos los niveles y recibe su expresión en el folklore, la canción, la literatura e incluso en los ordenamientos legales de los distintos países.

* * *

Como consecuencia de la expansión demográfica iberoamericana y su elevado ritmo se han producido tensiones económicas y sociales en varias de aquellas naciones al no darse un ritmo paralelo entre la expansión demográfica y la económica.

Si un país aumenta su población un 2 por 100 anual, es necesario invertir un 9 por 100 del PNB para que la renta nacional crezca en un 1 por 100. Y esto resulta difícil realizarlo en forma sostenida en la mayoría de las naciones de Iberoamérica —sin un derroche de sus recursos naturales o financiación externa— debido a sus graves problemas estructurales, amén de ser países de monocultivo con acusados ciclos económicos y limitada capacidad de ahorro.

Aunque en los últimos años con el aumento de los precios de las materias primas en los mercados internacionales hayan variado el sentido del ciclo y el último quinquenio arroje un balance muy favorable en aquellos países, sin embargo, en circunstancias más «normales», como la década de los sesenta, aumentó su población en un 45 por 100 y sólo en un 32 por 100 la producción de alimentos, lo que contribuyó lógicamente a crear un ambiente de insatisfacción en amplios sectores sociales.

Otro efecto del alto índice de natalidad iberoamericana es la enorme juventud de sus habitantes.

Según los censos de 1960, los menores de quince años constituían el 41,7 por 100 de la población, siendo tan sólo en Argentina y Uruguay este porcentaje significativamente inferior al 33 por 100 —en España es el 26,5 por 100—. El 60 por 100 de la población iberoamericana era en la misma fecha menor de veinticuatro años y en un país como la República Dominicana los menores de treinta y cuatro años constituían el 80 por 100 de la población.

La consecuencia ha sido que si su insatisfacción ha producido un general fermento revolucionario, la juventud ha tenido un gran peso político y los jóvenes acceden pronto al mando. Es significativo que sea precisamente en Iberoamérica donde el universitario adquiere peso e influencia política por primera vez en nuestro siglo, aunque el fenómeno haya adquirido luego carácter universal.

Por otra parte, la existencia de tan elevada proporción de niños y adolescentes lleva aparejada una serie de problemas. Son personas que por su edad no pueden formar parte de la población activa —lo que hace que ésta represente una proporción más reducida que en Estados Unidos o en los países europeos (24)—, con la consiguiente mayor carga individual para la misma.

Al propio tiempo esta estructura obliga a crear servicios adecuados: escuelas, alojamiento, etc., con la carga consiguiente para las economías nacionales.

Además, la expansión demográfica provoca una oferta de trabajo barato, lo que favorece el mantenimiento de estructuras sociales arcaicas y que las oligarquías locales se opongan, en muchos casos, al menos pasivamente, al control de la natalidad que eliminaría esta masa de reserva y en subempleo.

Y aquí nos encontramos con otra de las contradicciones tan frecuentes en el mundo iberoamericano, en aquellas naciones la inmigración europea, la masa de trabajo que ésta proporciona se encuentra en permanente contradicción con la local, siendo disímiles sus aspiraciones y preparación, por lo que compete no con el peón, sino con el minoritario obrero especializado o sindicalizado de aquellos países, siendo el proletario europeo inmigrante más pasivo en sus aspiraciones sociales, más plegable a los intereses patronales y carente de espíritu revolucionario y de clase, ya que normalmente su ambición radica precisamente en escapar por la vía del trabajo a su inicial *status* proletario.

Por último, y dentro de los problemas provocados por esta expansión demográfica, ocupan un lugar destacado los de carácter urbano, debido al fenómeno, hoy universal, del crecimiento de las grandes ciudades a un ritmo mucho mayor que el general del país.

Esto crea en las grandes urbes iberoamericanas de espectacular crecimiento, fundamentalmente por la inmigración campesina, unos problemas que, sin llegar a alcanzar los caracteres alucinantes de las megápolis asiáti-

(24) Esta representa normalmente en Iberoamérica un 30 por 100 del total. Frente a un 45 por 100 en Estados Unidos y Europa septentrional.

cas o africanas, como Calcuta, Yakarta, Kinshasa o Lagos, revisten con frecuencia una considerable importancia que los hace de muy difícil y costosa solución.

Por la estructura del sector industrial, generalmente orientado a la industria ligera, muy moderna, mecanizada y eficiente, que emplea poca mano de obra y, por tanto, incapaz de absorber las masas campesinas que gravitan hacia la ciudad, surge con el aumento demográfico una fuerza de marginados, fenómeno tan común en los países del Tercer Mundo, cuya integración ofrece enormes dificultades y cuya masa constituye un permanente factor de inestabilidad social.

Ante todo lo antedicho cabe preguntarnos si Iberoamérica está o no superpoblada y la respuesta es claramente negativa. Fuera de las regiones centrales existe exceso de tierras, los recursos minerales distan mucho de haber alcanzado una explotación óptima y tan sólo el 10 por 100 de la tierra está económicamente utilizada. Únicamente Puerto Rico —con 300 habitantes por km²— y El Salvador con 200 han llegado a agotar las tierras explotables.

Pero si sobra tierra y falta gente, la tierra que sobra no es fácilmente explotable en un futuro inmediato, está alejada de los centros de población existentes, mal comunicada y sin obras de infraestructura. Y si falta población, es la económicamente activa la que tenga capacidad y medios para explotar adecuadamente unos recursos que apenas han comenzado a utilizarse.

* * *

Los Gobiernos iberoamericanos han adoptado una actitud permisiva en relación con el control de la natalidad, dado que el ambiente de aquellos pueblos, no obstante su tradición católica, en éste como en otros muchos campos se ha caracterizado siempre por su carácter tolerante y antidogmático, algo que contrasta felizmente con el ambiente de otras culturas y otras latitudes y que nunca ha dejado de sorprender favorablemente a los extranjeros que han emigrado a aquellos países.

En relación con este tema, en 1967 se reunió en Santiago de Chile la IV Asamblea Internacional de Paternidad Planificada, primera que se celebra en Iberoamérica, y el 29 de julio del año siguiente se publicó la encíclica *Humanae Vitae*, condenando el control de natalidad, que —como sabemos— no encontró oposición activa, sino que fue universalmente ignorada en todos los países de cultura hispánica, aunque en la Asamblea de la CELAM, reunida en Medellín en septiembre de aquel año, se acordó

aconsejar la paternidad responsable según las directrices de la encíclica y «solicitar leyes especiales para proteger a la mujer y al niño y combatir las uniones ilegítimas».

En la actualidad son trece los Gobiernos iberoamericanos que tienen en marcha programas de control de la natalidad: Bolivia, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Perú, Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela, siendo particularmente significativos los ejemplos de Colombia y Chile. El primero por la influencia de la Iglesia católica en su sociedad y gobierno y el segundo porque fue precisamente un gobierno demócrata-cristiano el que estableció el programa.

Estados Unidos, por razones políticas, ante el temor de que la mayor población iberoamericana de continuar su ritmo ascendente amenace su hegemonía y nivel de vida, ha favorecido tales planes a los que ha subvencionado modestamente (25), y periódicamente los medios informativos estadounidenses se manifiestan hostiles a lo prolífico de sus vecinos meridionales, sin otro efecto que irritar en ellos su susceptibilidad nacional.

* * *

Este fenómeno de la explosión demográfica iberoamericana olvidado por lo obvio toca a su fin. A partir de 1960 su crecimiento vegetativo disminuye. Todos los países tienen leyes restrictivas de la inmigración no europea y ésta se ha secado debido al *boom* económico del Viejo Continente, sin otras perspectivas inmigratorias que las coyunturales, y discutidas, de las minorías blancas del Africa Meridional.

Curiosamente y sobre la urdimbre de esta explosión demográfica se ha creado un mundo bicultural —Brasil y el resto de Iberoamérica— donde el impacto de las formas y modos de las viejas metrópolis es poderosísimo y no precisamente en su aspecto más criticable.

(25) Así, por ejemplo, asignó a los mismos en 1967 una consignación de 2.200.000 dólares.